

## EM2 / CULTURA

## CATHERINE POZZI

Edición de 'Agnès', la obra maestra de la escritora francesa

## Una llama abrasadora



Retrato de la escritora francesa Catherine Pozzi (1882-1934). / E. M.



## GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES /331

MANUEL HIDALGO

Leyendo *Agnès* sentía con insistencia que la voz de **Catherine Pozzi** me traía ecos de otra voz femenina que todavía resonaba en mi cabeza. De repente, ¡ya lo tengo!, pensé en **Elizabeth Smart** y su novela también autobiográfica *En Grand Central Station me senté y lloré* (1945), igualmente publicada por Periférica. No sé si la equiparación es del todo plausible o una sensación subjetiva, pero estoy seguro de que la alusión a Smart incentivará a los entusiastas seguidores de la canadiense a leer a la francesa. Y a un gran descubrimiento. Hay diferencias, claro, entre ambos libros, pero también una misma pasión desgarrada y desgarradora, una obcecación sin límites, un lirismo sangrante, una escritura moderna y en carne viva, la misma admiración por un amante y maestro destructor, la misma tendencia hacia el abismo y la autoaniquilación.

Catherine Pozzi nació en París, en la selecta Plaza de Vendôme, en 1882. Niña desgarbada y feúcha –siempre tuvo complejos– su hogar no podía ser más acomodado e ilustrado, centro de reunión de artistas e intelectuales. Su padre, **Samuel Pozzi**, fue un prestigiosísimo cirujano, ginecólogo e investigador, el médico de la alta burguesía y de muchos grandes creadores parisienses. Fue médico de **Marcel Proust**, por ejemplo. Se insiste en que el personaje del doctor Cottard de *En busca del tiempo perdido* pudo estar inspirado en Pozzi, pero también es probable que el modelo fuera el relevante neurólogo francés **Jules Cotard** (con una sola t).

El sabio Pozzi era, a la vez, un tipo mundano y presumido, capaz de hacerse retratar nada menos que por **John Singer Sargent** con un exquisito batín rojo para lucir palmito. Era un seductor incorregible, y sus amantes fueron incontables, de **Sarah Bernhardt** a más o menos anónimas y adineradas pacientes de su consulta. En 1918 fue

asesinado a balazos por un enfermo que había quedado descontento de una operación de varicocele y le exigía otra. Catherine tenía 36 años, no era una chiquilla, pero parece claro que este hombre infiel y ausente algo tuvo que ver con la imagen y las necesidades que la escritora pudo hacerse de las figuras masculinas. A los dos años, se divorció de su marido, y fue en 1920 cuando se hizo amante del poeta **Paul Valéry**, casado y padre de familia, que le sacaba 11 años.

Por la decaída y humillada parte materna, contaba Catherine con una madre y una abuela muy ricas que, al educarla –la abuela, sobre todo, según se ve en *Agnès*–, le transmitieron su fuerte catolicismo, origen de sus convulsiones espirituales y de sus crisis religiosas y místicas, también patentes en el relato. Entre los amigos y confidentes personales de Catherine estuvo el filósofo cristiano **Jacques Maritain**, que no siempre apreció su talento literario.

No era una niña cualquiera. A los 10 años, y con empeño literario, Pozzi empezó a escribir un

diario personal que no abandonaría hasta semanas antes de su muerte. Esos voluminosos diarios, publicados en 1987, son un monumento que habla por sí solo de la calidad como escritora de Catherine.

En 1909, Catherine se casó con un amigo de la adolescencia, **Édouard Bourdet**, periodista que estaba a punto de convertirse en uno de los dramaturgos más famosos de Francia, eso sí, dentro de los cánones del ligero teatro de boulevard. El matrimonio fue un desastre desde el minuto uno, incluso desde la noche de bodas en Cannes, según puede inferirse del medianamente críptico epílogo que Catherine añadió a *Agnès*.

Pozzi le dio ideas a Bourdet para sus inminen-

## Comparte con Elizabeth Smart la misma tendencia hacia el abismo y la autoaniquilación

tes éxitos, pero desde el principio vio que no era el hombre capaz de satisfacer sus ansias de amor, de sabiduría, de absolutos.

Al año de su boda nació su único hijo, **Claude Bourdet**. Catherine no llegó a ver cómo Claude lucharía en la Resistencia, pasaría por varios campos de concentración y se convertiría en un destacado ensayista y político del socialismo radical, fundador de partidos y de publicaciones tan decisivas en la izquierda francesa como *Combat* y *Le Observateur*, antecedente de *Le Nouvel Observateur*, en el que colaboraría durante años.

El año en que nació su hijo, Catherine Pozzi contrajo la tuberculosis, enfermedad que la acompañaría hasta su mismo lecho de muerte, en el que la morfina y el láudano también jugaron su papel. Catherine tenía 52 años, y había cumplido con el arquetipo del artista seriamente enfermo.

Precisamente, en su lecho de muerte, Catherine escribió *Nyx*, el último de los seis intensos poemas –con *Vale*, *Ave*, *Maya*, *Nova* y *Scolopamine*– que ella quiso –a diferencia de otros que escribió– que se editaran a su muerte en una plaqueta. Pueden leerse en internet, y no hay experto que niegue que son suficientes para considerar a Pozzi –amiga y corresponsal de **Rainer María Rilke**– una grandísima poetisa. Así lo dictaminó **André Gide**.

Con su matrimonio roto desde su arranque, Catherine mantuvo a partir de 1913 una relación con un joven magistrado e incipiente novelista llamado **André Fernet**. Era ya un emblema de la soledad, la enfermedad y la sensibilidad letraheída. Buscaba el interlocutor, el impulsor, el alma gemela, el gran amor. Pero Fernet quiso que esa relación fuera exclusivamente platónica y volcada en la unión espiritual. En esas estaban cuando Fernet, alistado como piloto, murió en una batalla aérea en 1916.

Y, en 1920, Catherine Pozzi conoció al ya eximio poeta puro Paul Valéry. El estallido. Ocho años de pasión clandestina, con graves problemas. Valéry, que ya ha publicado *La joven Parca* (1918) y *El cementerio marino* (1920), es un poeta sobradamente consagrado. Pero, como su poesía, es frío, calculador, cerebral. Para Catherine es, por fin, el Amante, el Maestro y –como escribe en *Agnès*– hasta el mismísimo Dios, ahora que ella ya no cree en el Cristo de su infancia. Malo. Catherine alterna la exaltación y el sufrimiento hasta ir perdiendo las fuerzas.

Estando ya con Valéry, Pozzi empieza a escribir *Agnès* en 1922 y el inteligente y decisivo **Jean Paulhan** se la publica en 1927 en la *Nouvelle Revue Française* que dirige. Gran impacto. Una muchacha de 17 se dirige a su amante futuro, desbordada y herida por su gran afán de amor y excelencia. Está dispuesta por él a saberlo todo, a entregarse del todo, a mejorar en todo... Tremendo.

## Escándalo / Detención

## Bieber vuelve a montarla en Toronto

PABLO SCARPELLINI / Los Ángeles  
Especial para EL MUNDO

Los cargos han empezado a acumularse de forma alarmante sobre las estrechas espaldas de Justin Bieber, acusado ahora de agredir al conductor de una limusina en Toronto con un grupo de amigos. Se trata del segundo arresto para el cantante de 19 años en menos de dos semanas, después de que su sonado incidente con la policía de Miami acabara en la cárcel.

Bieber, de 19 años, optó por presentarse voluntariamente en una comisaría de Toronto para no agravar la situación y esperar el dictamen del juez, que tendrá que determinar exactamente lo sucedido hace un mes en la ciudad canadiense. Al parecer, el incidente sucedió después de que el conductor de la limusina recogiera a Bieber y sus amigos a la salida de un discoteca a eso de las 3 de la madrugada.

«Mientras les llevaba a un hotel, se produjo un altercado entre uno de los pasajeros y el conductor de la limusina», de acuerdo al comunicado de las autoridades de Toronto. «En el curso del altercado, un hombre golpeó en varias ocasiones al conductor en la parte trasera de la cabeza. El conductor detuvo el vehículo y llamó a la policía».



Bieber, detenido en Toronto. / EFE

Por suerte para Bieber, no será un asunto grave, después de que se haya considerado como un delito menor que podría acarrearle, en principio, una multa y horas de servicio comunitario. Después tendrá que lidiar con los cargos por lo sucedido en Miami, detenido por exceso de velocidad y por conducir bajo los efectos del alcohol y la marihuana con un permiso de conducir caducado. Es una espiral de incidentes que también tuvo un capítulo reciente en su residencia de Calabasas, en Los Ángeles. En esa ocasión, Bieber fue acusado de lanzar huevos contra la casa de su vecino. Un magnífico historial.